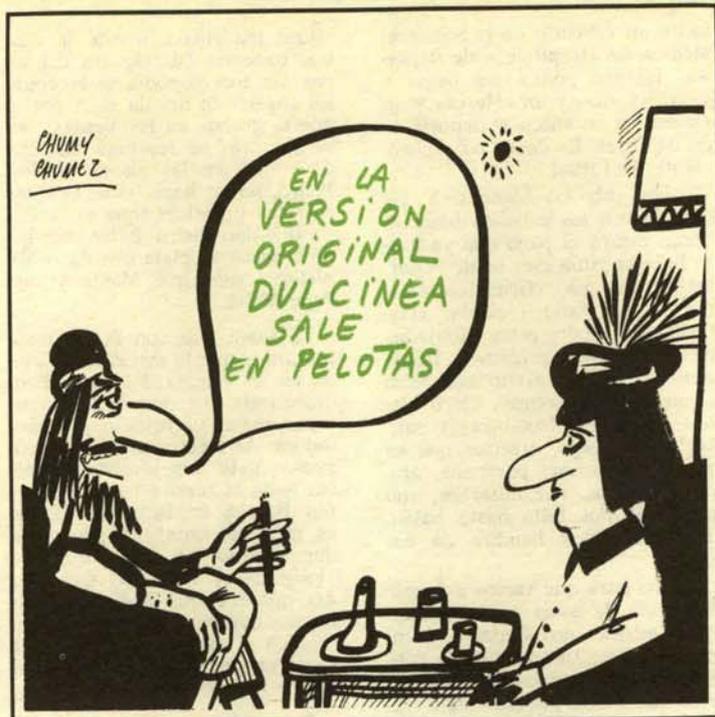


de que este año mandemos a Cecilia y no a Manolo Escobar, y no a Manolo Escobar.

«Retransmisiones de fútbol como las de Ramón Díez no hay quien las haga en Europa», contó el otro día Amilibia en su nuevo programa de la noche, que se lo dijo un periodista británico que se ha visionado el tío la programación dominguera de toda Europa, la de córners que no habrá conocido. Tenemos, por otra parte, los mejores hombres del tiempo del mundo, que en sus soñolientas intervenciones consiguen los más señalados hallazgos en el metalenguaje del telediarío. Porque ¿no es un hallazgo que, después de que un señor sonriente nos diga cómo está la cosa, salga un señor medio dormido de éstos con mapa detrás para anunciar que «no se esperan cambios en la Península en los próximos dos siglos»?

Nuestros anuncios de champán son los mejores, a falta de que haya algo como para celebrarlo con champán. Nuestros curas nocturnos son los mejores curas nocturnos del mundo entero. Y cuando cantan las folklóricas... ¡Ay, cómo vibra el país y el aire se serena cuando cantan las folklóricas...!

Por eso no es de extrañar que a Luis Buñuel le guste tanto Televisión Española. Uno ya lo presentía, pero ha tenido sobradas pruebas viendo «El fantasma de la libertad», donde una y otra vez una voz en off grita «¡Vivan las



caéñas!». Porque comprenderá usted que obviamente Buñuel se refiere con esos gritos en la banda sonora de su película a la Primera Caéna de Televisión Española y a la Segunda Caéna de Televisión Española. Ahora que ya Fernando Séptimo no usa paletó, esas son nuestras caéñas. ■ A. B.

Líneas de penalty

Mal ejemplo dio don Pedro Escartín al comentar el Reglamento. Porque ha facilitado argumentos para que cualquiera se ponga

a escribir de «táctica» y de «técnica», como decía un entrenador gallego amigo nuestro; e incluso para que cada español lleve un «Don Balón» debajo del brazo. A la vista del éxito de «Don Balón» en la cosa que dijo José María García que quería hacer un «Cambio 16» de los deportes, hay ya en España mil doscientos tres hombres que no solamente dicen ay como Pedro Rodríguez en «La Colmena», sino que encima quieren sacar nuevas revistas deportivas.

—Voy a sacar un «Cuadernos para el diálogo» de deportes —me dijo ayer un amigo que es directivo de un club de Segunda. No había salido de mi asombro cuando al cuarto de hora me encontré con un antiguo compañero de colegio que, cuando le pregunté cómo le iba la vida, me respondió:

—Pues ya ves, bien. He ganado mucho dinero construyendo viviendas de protección oficial. Como quiero que el dinero repercuta en algo en la cultura, voy a sacar una revista.

—¿Una revista?

—Sí, una revista. De deportes, naturalmente; pero una cosa distinta. Quiero hacer un «¡Hola!» del deporte.

Ya tenemos de todo. En las próximas semanas saldrán caballos blancos para sacar un «Telva» de deportes, y un «Ecclesia» de deportes, y una «Gaceta del Derecho Social» de deportes, y

del fichero de un crítico ortodoxo

TEATRO

JESUCRISTO SUPERSTAR.

Hay que reconocer que cuando un cantante melódico, espiritual, sensible y sin dudas ideológicas toma un texto y lo canta con sencillez, ese texto deja de tener la pedantería y la pretenciosidad propia de cantantes más sofisticados. Comparar este montaje teatral con la horrible película que padecemos el año pasado, sería como encontrar paralelismos entre «El milagro de Fátima» y «El último tango en París». Además, aquí se demuestra que cuando los españoles queremos hacer musicales «modernos», no hay nada que enviar a los famosos de Broadway.

CINE

RAFAEL EN RAPHAEL, de Antonio Isasi Isasmendi.—Ya

era raro que la envidia no hiciera su aparición en el cine a propósito del talento y la clase indiscutibles del cantante Raphael. En esta película, que se pretende objetiva, se deslizan una serie de comentarios y críticas al fenómeno de la popularidad de Raphael como si no pudiera existir simplemente el amor de un pueblo a quien ha sabido conectar con su sensibilidad. A ratos, el señor Isasi ironiza sobre nuestra máxima figura de la canción, a ratos lo respeta porque no tiene otro remedio, pero la verdad es que nuestra gran estrella hubiera merecido un homenaje nacional de más claro contenido.

CLEOPATRA, de Joseph L. Mankiewicz.—Para los que no creyeran en el talento interpretativo de Elizabeth Taylor, aquí tienen una buena muestra de su ductilidad, de su sobriedad (acompañada aquí con una variada gama de trajes adecuados a su personalidad, trajes ricos en joyas y maravedies pero atentos a

la finura de su porte), de su saber contenido. Por otra parte, la película no se mete, afortunadamente, en complicaciones políticas sino que atiende a lo que determinó realmente la historia de la antigua Roma: los amores apasionados (y adúlteros) de Cleopatra con César y Marco Antonio. Fuerte película, pues, en contenido, pero ajustada en la forma.

AGUIRRE, LA COLERA DE DIOS, de Werner Herzog.—No nos puede extrañar que ahora se nos diga que los conquistadores españoles no tenían como fin principal de su alta misión en la Historia la promoción imperial de unos principios de civilización y moral; no nos extraña que se piense que tenían intereses económicos. ¡Estamos acostumbrados a todo! Este alemán debía aprender de nuestra «Alba de América», del desaparecido Juan de Orduña donde sí que se ponían los puntos exactos sobre las ies. Una reposición se impone.

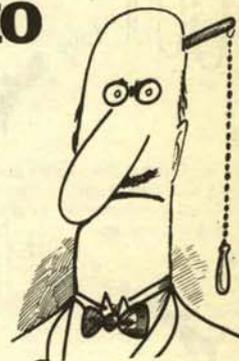
BARCELONA

LA RONDA DEL PLACER, de Massimo Dallamano.—

Hacer una comparación entre el amor proletario y el buen amor burgués es necesaria. Porque se entiende rápidamente que para disfrutar de una tranquilidad espiritual es necesario un reposo social que sólo merecen aquellos que se esfuerzan en superar su «status» (que dicen los modernos) en este mundo nuestro de la igualdad de oportunidades. En esta película se comprueba que los proletarios (perezosos y poco luchadores) no pueden tener una relación amorosa que no sea tensa y violenta. Muy bien.

VENGA A TOMAR EL CAFÉ CON NOSOTRAS, de Alberto Lattuada.—

Ya está bien de hablar de represiones sexuales. ¿Por qué se empeñan estos italianos en hablar de la insatisfacción sexual de la mujer soltera? Han pasado desgraciadamente,



para este pueblo conflictivo, los tiempos de la fe religiosa en los que se sabía que las mujeres son madres y que sólo con ese fin entienden el ejercicio del amor. Las necesidades de la sociedad de consumo les ha obligado a olvidar los principios de esa fe (que son, lógicamente, principios científicos) y están manipulando en el cine con fines comerciales la verdad y la decencia. Película que puede hacer mucho daño moral. Hay que prevenirse.